

Las comillas y las comillas inglesas: historia, usos, reglas y criterios.

Las comillas son uno de mis signos favoritos, lo cual no está mal, si tomamos en cuenta que los signos tipográficos se cuentan por miles, y mis gustos en estos terrenos son de lo más ecléctico.

Pero, antes de entrar directamente al tema de esta charla, permítanme poner un par de notas preliminares:

En primer lugar, esta va a ser una presentación muy técnica. En la primera parte, hablaremos de la historia de las comillas y de cómo estos signos han evolucionado hasta los tiempos actuales. En la segunda discutiremos los usos modernos de las comillas en español y cómo estos usos se diferencian con respecto a los de otras lenguas.

En segundo lugar, avisto que diré cosas que, en una ocasión, cuando hablé de las comillas en la conferencia anual de San Antonio, uno de los asistentes se quejó de que yo había herido su susceptibilidad cuando hablé de las comillas inglesas. Ya les digo que no tengo la menor intención de denigrar a nadie. Trataré de mantener la mayor objetividad y, por supuesto, de ceñirme a mis hallazgos históricos.

Etimología ficción

El estudio historiográfico de los signos tiene lagunas e imprecisiones. Por ejemplo, en su famosa obra *A History of Mathematical Notations*, Florian Cajori nos cuenta que del signo de dólares «se han sacado a la luz alrededor de una docena de historias diferentes desarrolladas por hombres de mentes imaginativas, pero ninguno de estos pretendidos historiadores se ha permitido someterse a los frenos de los hechos fundamentales» (Cajori, 1993, págs. II-15).

Cajori publicó esto en 1929 junto con una convincente disquisición acerca del origen del signo de dólares —o de pesos, que es lo mismo—; sin embargo, las explicaciones populares siguen adelantándose hoy a cualquier reconstrucción de lo verdaderamente comprobable. Pregunte usted por ahí de dónde viene el signo, y si alguien tiene una idea para dársela por respuesta —y estoy pensando en un catedrático o algo así—, seguramente le contará una de las versiones reprobadas por Cajori.

De las comilla latinas («») se cuenta una historia aclamada popularmente. Se dice que estos caracteres angulares fueron inventados por un impresor francés llamado Guillaume Le Bé, quien vivió entre 1524 y 1598. Otros datan la aparición del signo en 1527 e inclusive lo atribuyen al célebre impresor ascensiano Josse Bade o Josse Badius o Jodocus Badius. En su *Chronologie de l'histoire de l'imprimerie* (1853), Paul Dupont marca la invención de las comillas en 1546,

pero no da más datos: «El signo tipográfico llamado *guillemets*, por el nombre de su inventor, y que servirá para indicar las citas, comienza [en 1546] a ser usado por los impresores». Se dice que el primer autor en usar el nombre *guillemets* fue el abad M. de Marolles, en 1677, en *Considérations en faveur de la langue Françoise*. Lamentablemente no he tenido la suerte de encontrarme con un ejemplar de esta obra; eso sí, a los pocos años la palabra *guillemets* ya aparecía en otras obras francesas.

En el 2009, *L'Express.fr Culture* publicó un artículo de Pedro Uribe Echeverría. Con comedimiento, Uribe aclara que sus pesquisas son hasta cierto punto informales («investigación aleatoria», dice). Las primeras comillas impresas en Francia que encontró datan de 1529; esto quiere decir que el signo ya se usaba al menos en una imprenta francesa cuando Le Bé tenía apenas dos añitos, con lo que la teoría más popular se va automáticamente a la gaveta de la etimología ficción. Y, por si eso fuera poco, el artículo citado da cuenta de que «un artículo del investigador Giordano Castellani ha hecho retroceder la fecha de las primeras comillas impresas: a 1483 (o 1484) en *Orationes et opuscula* del humanista Francesco Filelfo (1398-1481). Prueba suplementaria —dice Uribe— de la creatividad de la imprenta renacentista italiana» (Uribe Echeverría, 2009).

Dada la antigüedad del signo, es lógico buscar sus orígenes en los manuscritos medievales. En México, y sin más recursos que las bibliotecas digitales —donde buscar cualquier cosa que no sea una cadena de letras se vuelve atrozmente difícil— no he podido encontrar nada parecido a unas comillas, pero Uribe Echeverría incluye en su artículo un par de imágenes muy reveladoras: en una de ellas aparecen unas evidentes comillas de seguir en un manuscrito de los siglos V y VI. Esto nos conecta con el sabio san Isidoro (c. 560-636), arzobispo en la Sevilla visigótica. En el primer libro de sus famosas *Etimologías* (también conocidas como *Los orígenes*), obra enorme y casi enciclopédica, Isidoro de Sevilla incluye una discusión sobre veintitantos signos —o combinaciones de signos— convencionales para citar. Entre ellos menciona la diplo o antilambda (>), que para algunos historiadores de la tipografía es el auténtico germen de las comillas. Dice Isidoro de la diplo: «Esta figura la ponen nuestros escribanos en los libros de los hombres eclesiásticos para departir o demostrar los testimonios de las Santas Escrituras». De modo que, sin duda, la diplo trabaja desde muy antiguo en el honorable oficio de citar.

La imagen del manuscrito en el artículo de Pedro Uribe también tiene lo suyo. En ella se ve un texto en letras unciales, y en su margen izquierdo, unos signos dobles en un oficio muy similar al de las comillas de seguir como se usarían en la imprenta diez siglos más tarde. Uribe Echeverría escribe al pie: «Una investigación personal nos ha permitido encontrar una diplo doble en un manuscrito de los siglos v y vi (*Orígenes: Comentarios sobre las epístolas de san Paulo*)». Sin embargo, está claro que entre dos diplos (<<) y las virgulillas de la imagen —mucho más parecidas a treses (33) o rellenos de la escritura medieval española— hay un auténtico eslabón perdido.

No podemos atribuir el cambio de diseño a la evolución, porque este manuscrito y la obra de san Isidoro son contemporáneos, ambos de los siglos V y VI. Esto me disuade de apoyar, sin más pruebas, la tesis de las diples, y me llena el coco de preguntas: ¿de dónde salieron esos signos y por qué san Isidoro no los menciona?, ¿por qué son inusuales?, ¿por qué escasean tanto durante la Edad Media?, y, lo más intrigante, ¿cómo es que reaparecen incólumes diez siglos después? Esto podría explicarse con un solo argumento: el que yo no haya visto suficientes manuscritos medievales. Bien, la paleografía no es lo mío, pero en las obras que he consultado con frecuencia, como *Palaeography of Gothic Manuscript Books*, de Albert Derolez, *Latin Palaeography*, de Bernhard Bischoff, *Introduction to Manuscript Studies*, de Raymond Clemens y Timothy Graham, o el diccionario de Cappelli no he encontrado nada parecido a las comillas de la imagen.

Por cierto, Bischoff se refiere de la siguiente manera a las formas de citar en la Edad Media: «De los varios métodos para indicar citas que conectan la antigüedad y la producción primigenia de libros latinos medievales con las prácticas griegas, una que ocurre frecuentemente es el sangrado del texto (en los manuscritos más antiguos, con espacios equivalentes a de una a cuatro letras), sin signo alguno. Este uso, sin embargo, fue abandonado para favorecer el marcado de los márgenes con signos, primero con la clásica diple, más tarde con otros. Se puede añadir la escritura de las citas en rojo o con una letra de diferente estilo» (Bischoff, 1997, pág. 172). Las citas en rojo sí que se pueden ver en muchos manuscritos medievales. Este método, sin embargo, se vuelve difícil de prolongar en la imprenta de tipos móviles, ya que meter oraciones enteras en un segundo color, a renglón seguido, es una faena atrozmente complicada (en el siglo XV ya se comenzó a imprimir a dos colores, pero en tareas mucho más sencillas). Los primeros impresores tendrían que arreglárselas sin esa diacrisis de citar.

Clemens y Graham explican que «las comillas más antiguas, que ya se usaban en la antigüedad, se ponían en los márgenes y no dentro de la columna de texto. La marca más común en los primeros manuscritos era una especie de diple que se originó como un signo en forma de cuña (>), pero a menudo degeneró en otras formas, la más común de las cuales fue un signo en forma de coma» (Clemens & Graham, 2007, p. 86). En ninguno de los textos que se refieren a esta posible transformación de la diple en comas se ve cómo sucedió la metamorfosis, pero me parece difícil aceptar que el signo rojo que aparece arriba se haya transformado en, digamos, los signos marginales que se ven abajo sin haber dejado una clara huella de la evolución a lo largo de los siglos. Por cierto, los dos manuscritos ilustrados son del siglo IX, es decir, contemporáneos, y aunque el primero tiene el deber de copiar con cierta fidelidad los signos usados por san Isidoro, el segundo no está comprometido a esa reproducción facsimilar. En otras palabras, en el primero se estarían copiando los signos empleados por el propio san Isidoro (s. VII), mientras que en el segundo se estaría siguiendo una regla vigente (s. IX).

Entre los hallazgos de Pedro Uribe Echeverría está también un impreso florentino de 1518 (Pedanius Dioscorides: *De materia medica*). En él se ven unos signos marginales similares a las comillas, pero en realidad son simples comas. A la izquierda de esta línea vertical de comas hay un ladillo. La composición tipográfica es muy curiosa, porque el ladillo, las comas verticales y el texto principal están desalineados unos con respecto a los otros. Las comas, por ejemplo, van ligeramente bajas comparadas con la línea de base del texto principal, mientras que los tres renglones del ladillo están prácticamente alineados con las interlíneas del texto. Aquí no podemos deducir qué quiso significar el impresor, si es que quiso significar algo con ese desplazamiento, pero quizás desalineó un poco estas comas especiales para apartarlas semánticamente de las ordinarias. Algo similar harían algunos impresores a mediados del siglo XVII, aunque la costumbre no terminaría por arraigar hasta a finales del XVIII y principios del XIX. La diferencia, sin embargo, fue que, en vez de bajar ligeramente los signos, los subieron.

Con todo, las comillas no eran los signos más usuales para marcar citas; a partir del siglo XVI, el recurso diacrítico ordinario fueron las cursivas. Este género tipográfico, diseñado a fines del siglo XV para Aldo Manuzio por Francesco da Bologna (apodado *Griffo*), se hizo popular como estilo disyuntivo; muy especialmente para meter citas en latín cuando el texto estaba en otra lengua. Desde luego, en los albores de la imprenta había vacilación sobre los cánones editoriales; o, más bien, no había cánones editoriales genuinos. La propia transición de la letra gótica a la romana —iniciada a los pocos años de que Gutenberg sacara a la luz sus primeras ediciones— prácticamente se consumó en la Italia de fines del siglo XV, y con tanta enjundia, que a los pocos años las letras romanas ya dominaban en Europa.

Más allá de las diferencias nacionales que, bien entrado el siglo XV, marcaban, por ejemplo, una Francia y una Italia instaladas en los tipos romanos con una España empecinada en el gótico, el mundo tipográfico era un tanto caótico. Por ello es difícil hablar de cánones editoriales. Había reglas de la casa o locales o, con suerte, regionales; sin embargo, hasta en obras salidas de una misma imprenta se puede notar una carencia de uniformidad.

Los cánones tipográficos empezaron a fijarse durante los primeros cien años de la imprenta, de modo que a mediados del siglo XVI ya se pueden ver señales de una diacrisis que durante un largo tiempo se fijaría y extendería por Europa. Las cursivas, por ejemplo, que durante toda la primera mitad de ese siglo alternarían con las redondas en función de fuente primaria, hacia la segunda mitad irían absorbiendo el trabajo de signos diacríticos que les corresponde hasta la fecha. Véase, por ejemplo, este fragmento de *De iis quæ vehuntur in aqua libri duo*, de Arquímedes, comentado por Federico Comandino (Alessandro Benacci: Boloña, 1565). En algunas partes, bajo el título de «Commentarius», la proposición de Arquímedes, en redondas, se interrumpe con un claudato (corchete) de cierre, como señal de elipsis, enseguida del cual se inserta la parte del comentarista.

Las cursivas adquirieron el trascendental papel de grafía alternativa, aportando diferentes clases de diacrisis, hasta que, hacia fines del siglo XVI, los editores fueron restringiendo y unificando sus usos. Muy temprano en el XVII, las cursivas se emplean para señalar que cierto sintagma o período está en un idioma distinto al del texto. Es en esta función diacrítica donde las cursivas comienzan a interpretarse como signos de citar.

Recordemos que el latín fue la lengua dominante en la edición. Casi todas las obras religiosas se hacían en latín, así como muchas de las científicas. Esto no solo obedecía a la veneración por la lengua de la Iglesia y la sabiduría, sino también al muy práctico fin de que una obra compuesta en Italia podía leerse perfectamente bien en cualquier otro país. Sin embargo, la expansión de la imprenta contrajo los mercados propios de los editores y convirtió la edición en un oficio cada vez más regional. Esto llevó las lenguas vernáculas a los libros. Pero las obras en lenguas nacionales y regionales acudían frecuentemente a autoridades en latín y griego, y algunos editores de prestigio reconocieron la pertinencia de incluir esas citas en grafías distintas. Conjeturo que los editores advertían cuánto destacaban las inserciones en griego, no solo por estar hechas con otro alfabeto, sino porque comúnmente este otro alfabeto estaba diseñado según un estilo muy distinto a los que se aplicaban en las letras latinas. El efecto puede apreciarse bien en esta imagen tomada de la obra de Arquímedes citada antes. Quizás algunos editores juzgaban que el latín también debía destacarse de alguna manera, y por eso comenzaron a ponerlo de cursivas. Pero, como he dicho antes, esto no es más que una hipótesis.

Aquí vemos un fragmento de *Discursos predicables sobre todos los evangelios que canta la Iglesia*, de fray Diego Murillo (Angelo Tavanno: Zaragoza, 1605). El texto en español lleva muchas citas en latín, las cuales han sido compuestas en cursivas. A primera vista, uno podría creer que el editor usa las cursivas para citar, pero en realidad muda de grafía solo para destacar un cambio de idioma.

Esta imagen está tomada de otro libro español: *Agudeza y arte de ingenio*, de Lorenzo Gracián (Iván Nogués: Huesca, 1648). Lo destacable de este ejemplo es que la cita va de cursivas y en párrafo aparte, pero nuevamente se trata de coincidencias: la composición espaciada, en párrafo aparte y centrada, obedece a que se trata de un verso, como se puede ver en la traducción al español que se incluye debajo; el cambio de grafía se debe a que la cita está en latín. Sin embargo, es muy interesante notar cómo el autor destaca las últimas tres palabras del verso en latín, que es en lo que se enfoca su discurso, y lo hace pasando de cursivas a redondas. Adelante, en la traducción, destaca los dos últimos versos —los equivalentes al período final de la versión latina— pasando de redondas a cursivas. Aquí, pues, además de cumplir con el oficio de indicador de cambio de lengua, las cursivas enfatizan.

¿Hay comillas en los manuscritos próximos a la invención de la imprenta? ¿Es prudente trazar una línea directa entre unos signos que aparecieron al inicio del alto medievo (del siglo V al X, más o

menos) y no volvieron usarse hasta finales del siglo XV? Es muy difícil contestar estas preguntas cuando lo que se tiene a la mano son únicamente muestras, por más que a la acumulación de ejemplos podamos atribuirle un valor estadístico. Sin duda, la imprenta primigenia creó pocos signos; sí inventó, en cambio, nuevos usos para signos que durante un largo tiempo se usaron en los manuscritos.

Las cursivas o, lo que resulta equivalente, las mudas de redondas a cursivas y viceversa, adquirieron numerosas responsabilidades con el tiempo: citar, indicar un cambio de idioma y enfatizar, sobre todo. Era una carga excesiva para una sola forma de diacrisis, especialmente si tomamos en cuenta que los editores, cada vez más inclinados a publicar en sus lenguas vernáculas, tenían las cajas tipográficas llenas de chirimbolos inútiles, signos que solo servían para componer abreviaturas latinas.

Nuevos usos para viejos signos

La imprenta primigenia creó pocos signos; sí inventó, en cambio, nuevas funciones para signos que durante un largo tiempo se usaron en los manuscritos, principalmente para abreviar. Un caso clásico es el del punto y coma, que por siglos sirviera como abreviatura de la terminación latina *-us* (*quib;* = *quibus*). Se dice que fue el mismísimo Aldo Manuzio quien liberó al punto y coma de la orfandad y comenzó a usarlo como signo de puntuación para marcar una pausa media. Sin embargo, la aportación más importante de Manuzio a la ortografía —de la que se habla menos— fue la introducción de la coma sola, un signo que posiblemente no existía en las fundiciones anteriores a la suya, pero que se podía obtener con la eliminación del punto en la matriz del punto y coma. A partir de la publicación en 1496 del *De Aetna*, de Pedro Bembo, Aldo comenzó a usarla en lugar de los dos puntos para señalar la pausa breve. Esto se puede ver en su *Hypnerotomachia Poliphili*, libro impreso en Venecia en 1499.

Todo esto nos lleva, de manera particular, a un viejo signo que llegó al mundo de los libros traído por los lectores. Me refiero a la vírgula suspensiva, una de las tres señales que más se usaban antiguamente para indicar la pausa breve. Hasta el siglo IX, más o menos, tiempo en que bajo el poder del estado se instituyó la letra carolingia y, junto con ella, una importante y extensa reforma de la escritura, la mayoría de los documentos se escribían sin espacios entre las palabras —en algo que en paleografía se conoce como *scriptura continua*—. De modo que el lector se servía del texto básicamente para apuntalar líneas que ya conocía, y no tanto para enterarse de novedades. De modo que la lectura, que casi siempre se hacía en voz alta, era semejante a lo que hacen los músicos cuando se ayudan con la partitura en obras que se saben incluso de memoria. Eso sí, en la lectura de un documento desconocido, el proceso de familiarizarse era lento y a menudo exigía frecuentes intervenciones del lector en el manuscrito. Era común que este pusiera marcas donde debían hacerse las pausas, donde había riesgo de caer en malentendidos y donde la terminación de un vocablo podía confundirse con el

comienzo del siguiente. Paul Saenger nos cuenta que estos signos de puntuación, llamados *positurae* por los gramáticos, solían usarse en la alta Edad Media solo cuando los lectores noveles copiaban pasajes en sus tablillas de cera, pero no eran bien vistos en los libros formales.

La vírgula suspensiva solía tener la forma de una barra (/) elevada. Había también un carácter semejante, llamado *diástole*, que se empleaba, sobre todo, para dividir los vocablos cuando no cabían en el renglón (es decir, hacían lo mismo que nuestros guiones actuales). Hay diástoles empequeñecidas en numerosos manuscritos e incunables. Un caso es la mismísima Biblia de 42 líneas de Gutenberg. En esta foto del libro de Ezequiel se aprecian algunos puntos dobles (:), signos que monopolizaron el oficio de señalar la pausa breve hasta finales del siglo XV. Las diástoles podían ser sencillas o dobles, y en algunos libros se optaba por una versión o por la otra según las condiciones de la justificación.

La imprenta exigía gradualmente a los compositores de textos la instauración de un verdadero canon editorial, algo que estuviera por encima de las convenciones regionales que con mayor o menor rigor obedecían los escribas del medioevo. Al principio, este canon fue una secuela de la autoridad de ciertos impresores de prestigio internacional, como el propio Aldo Manuzio; pero, hacia mediados del siglo XVI, el virtuoso fenómeno ya había logrado cierto grado de normalización, muy favorecedora para los lectores. Como es lógico, también habrían de converger u oponerse caracteres cuyos significados no estaban claramente asentados. Tal es el caso de la vírgula suspensiva y la diástole, que no eran más que un solo signo con dos oficios. Algo similar podía decirse del punto doble, una adaptación tipográfica del *punctus elevatus* que los monjes cistercienses introdujeron en la escritura (aparece en varios renglones de este evangelario alemán del siglo XII; por ejemplo, al final de la frase «Ite in castellu(m) quod contra vos est»). Así que la sustitución del doble punto por la coma en la última década del siglo XV seguramente se debió a un sano afán de romper polisemias y anarquías.

Poco antes de que Manuzio «inventara» la coma moderna, algún impresor tuvo la ocurrencia de recoger la diástole y ponerla a trabajar en el oficio de citar. En el 2008, Giordano Castellani publicó en *Gutenberg-Jahrbuch* (pp. 52-80) un artículo donde revelaba haber hallado las comillas impresas más antiguas hasta el momento. Se trata de la edición de *Orationes et opuscula*, de Francesco Filelfo, impresa en 1483 o 1484, que vimos un poco antes. Lo curioso es que los signos que el impresor usa para citar son dos barras duplicadas (//), mucho más parecidas a una diástole doble que a dos diple, ya no digamos a dos comas modernas.

Como hemos visto, algunos autores afirman que a finales de la Edad Media la diple era un signo de forma inconstante. Castellani apoya la tesis de Malcolm B. Parkes en el sentido de que las comillas se derivan de la diple, tesis que pongo en duda. Curiosamente, en los ejemplos que exhibe Parks, la supuesta diple tiene tres formas: la tradicional, de dos líneas convergentes (>), la de una coma y la de

una especie de relámpago de tres trazos. Insisto en que, para un signo tan conocido, tan incontrovertible y tan simple, tan afianzado en la tradición y tan presente en los papiros primigenios del Nuevo Testamento, lleva demasiados disfraces.

Primeras conclusiones

Si algunas conclusiones se pueden extraer hasta aquí son las siguientes:

a) Si bien la diple se usó para marcar citas, esa no era su única función, y en muchos casos, ni siquiera era su función principal.

b) En la Edad Media había muchas maneras de indicar citas, pero la mayoría de las veces no se usaba ningún diacrítico.

c) En cuanto al diseño de las marcas de citar, no hay una secuencia de transformaciones que partan de la diple griega (>) y lleven a cualquiera de los signos que se usaron siglos después, mientras que eso es algo que se puede hacer prácticamente con todos los demás signos.

d) Las letras que abundan y tienen un trazo complejo son también las que sufrieron más transformaciones gráficas desde, digamos, los modelos romanos del siglo II hasta la estandarización carolingia en el siglo IX. Véanse, por ejemplo, los casos de A => a, D => d, E => e, G => g, N => n, M => m, a diferencia de letras como K => k, Y => y, Z => z, que prácticamente no cambiaron. ¿Cómo es posible, entonces, que siendo la diple un signo tan poco usado haya sufrido modificaciones tan radicales?

e) Las primeras comillas en la imprenta no tenían forma de comas ni de diples ni de nada parecido. Eran vírgulas suspensivas o diástoles recicladas. Por lo tanto, es mucho más justo decir que las comillas modernas derivan de la vírgula suspensiva —que era una especie de coma, dicho sea de paso— que de la diple.

Como se puede ver, es muy aventurado afirmar de manera categórica que nuestras comillas modernas tienen su origen en la diple. Bien harían los entusiastas de esa teoría en ser prudentes e incluir un «probablemente» en sus aseveraciones.

Volviendo con el punto e) de estas conclusiones, lo más probable es que las comillas hayan tenido su origen en la vírgula suspensiva, signo de donde también se deriva la coma. No parece una casualidad que, a fines del siglo XVII, la coma se haya convertido en prácticamente el único signo para indicar citas en todas las lenguas que usaban el alfabeto latino.

A finales del siglo XVII, los signos de citar son dos comas que van dentro de la caja tipográfica, seguidas de un espacio normal, y se repiten al comienzo de todos los renglones donde va la cita (se conocen como *comillas de seguir*). No hay señales de dónde empieza la transcripción ni dónde termina.

Con el tiempo, las comillas fueron cambiando de forma y posición, evolucionando conforme lo hacían las ortotipografías avanzadas.

Uno de estos cambios consistió en que estos signos dejaron de ser comas duplicadas para convertirse en caracteres de imprenta nuevos, como se ve en dos ediciones consecutivas de la *Ortografía de la lengua española*. A la izquierda, la de 1792, impresa por la viuda de Ibarra en Madrid, y a la derecha, la de 1800, impresa por Mateo Barceló en Barcelona. Aunque entre una y otra hay solo ocho años de diferencia, las comillas de la segunda no son comas duplicadas, sino caracteres fundidos exprofeso, de ahí que vayan elevadas con respecto a la línea base.

Otro cambio consistió en dar media vuelta a los tipos de las comas que indicaban la apertura. También se sacaron de la caja tipográfica para colocarse en el margen. Poco a poco comenzaron a ponerse los signos de apertura justo en el comienzo —sin renunciar a las comillas de seguir— y un signo de cierre para indicar el final de la transcripción. Esta nueva práctica hizo que, con el tiempo, las comillas de seguir dejaran de tener utilidad, así que desaparecieron.

En cuanto al diseño, el cambio más importante sucedió entre los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX. La forma de coma, la del círculo rematado por una colita, fue cambiando por la de una cuña. Poco a poco fue desapareciendo la modulación de los trazos. Al mismo tiempo, los signos de apertura y cierre descendieron hasta la línea base. Esto es lo que se ve en la figura 38, tomada de *Opere di Francesco Redi*. Sin duda, las comillas que aparecen aquí no son las viejas comas usadas ahora de manera distinta, sino signos enteramente nuevos.

Las comillas modernas salieron de su crisálida a principios del diecinueve, como se puede ver en esta edición francesa de 1822. Son, sin lugar a duda, mucho mejores que los viejos flequillos que les dieron origen; esos que, de manera obstinada, perduran en la tipografía inglesa.

¿Por qué las comillas modernas no se usan en inglés? En primer lugar, hay que mencionar el conservadurismo: En la opinión de Stanislas Dehaene, «Siglos de conservadurismo académico, que a veces raya en la pedantería, han congelado nuestro diccionario. Algunos académicos bien intencionados incluso han introducido disparates tales como la *s* en la palabra *island*, un equivocado intento renacentista de restaurar la etimología de la palabra latina *insŭla*. Lo peor de todo es que la ortografía inglesa ha dejado de evolucionar a pesar del impulso natural del lenguaje oral».

A ese lastre habría que sumar, tal vez, la difícil transición por la que pasaron la Gran Bretaña y los Estados Unidos desde que se trabaron en la guerra de Independencia, en el último cuarto del siglo XVIII. Durante un par de siglos, los Estados Unidos fueron la única nación que pudo superar militar, económica y culturalmente a su colonizadora, y lo hizo muy rápido. Creo que este presuroso viaje transatlántico del núcleo de poder de la lengua inglesa —de Londres a la costa nororiental de los Estados Unidos— hizo que todo se fosilizara; ya no digamos la ortografía, que prácticamente ha permanecido igual desde el Renacimiento, sino la ortotipografía, que dejó de progresar precisamente en los tiempos de la emancipación.

Usos de las comillas

Las comillas, sumando las de apertura y cierre, aparecen con una frecuencia del 0,07 % entre todos los caracteres. Esto las coloca en el lugar 55 entre el conjunto de los signos de la lengua española.

Las funciones de las comillas son diversas, pero sirven, sobre todo, para encerrar citas. Se emplean en la mayoría de los idiomas que se escriben con los alfabetos latino, cirílico y griego. También varían mucho sus formas de uso, ya que en unos países, por ejemplo, en Francia y algunas partes de Suiza, se prefiere poner un espacio entre el signo y el texto al que afecta, mientras que en otros, como en todos los de habla hispana, se colocan sin espacio. En Alemania suelen usarse al revés.

Las comillas se emplean en los siguientes casos:

Para señalar que cierta palabra está usándose con un significado diferente al ordinario o con un matiz especial, como puede ser una ironía.

Para encerrar las citas textuales.

De manera similar, en novelas y obras semejantes, indica que se transcriben las palabras o los pensamientos de un personaje.

Téngase en cuenta que las citas indirectas no deben llevar comillas.

En las obras donde los diálogos se componen con rayas, las comillas sirven para distinguir lo dicho de lo pensado.

También se encierran entre comillas los títulos de conferencias y cursos, de capítulos y otras partes de libros, los artículos de prensa y los títulos de las series de radio y televisión:

Si la fuente tipográfica no tiene cursivas, no debe usarse para fines editoriales; tradicionalmente, sin embargo, ante tal defecto se recomienda encerrar entre comillas las cláusulas que deberían ir de cursivas.

En las tablas compuestas al modo tradicional, las comillas indican la falta de un dato. Hoy es común que se empleen para indicar la repetición del dato inmediatamente superior. No es una buena idea, puesto que la raya tiene muchas aplicaciones como signo de repetición (o de omisión de un dato previo, o anafórico, si se prefiere). En la imagen, las comillas indican que no se sabe cuántas unidades se vendieron en diciembre de 1998.

Con respecto al uso de este signo en combinación con otros, obsérvense las siguientes reglas:

Si el entrecorillado va seguido de coma, punto y coma o dos puntos, el signo de cierre se coloca antes del signo de puntuación:

Cuando una pregunta o exclamación va entre comillas, los signos de exclamación e interrogación pertenecen a la cláusula y, en consecuencia, van dentro del entrecorillado:

En cambio, si el entrecorillado sucede dentro de una cláusula exclamativa o interrogativa, eso debe quedar reflejado en el manejo de las comillas:

Cuando el entrecorillado es una cláusula completa que sigue a un punto o a cualquier otro signo que haga veces de fin gramatical (como sucede en ciertas ocasiones con los dos puntos, los puntos suspensivos, la interrogación y la exclamación), el signo que marca el fin gramatical de la cláusula en cuestión se pone antes de las comillas de cierre:

La Academia, empero, da una regla general y prescribe que la puntuación debe ir fuera del entrecorillado, como lo explica en la OLE 10 (RAE y ASALE, 2011, pp. 386-387). Me parece uno de los pocos errores que la docta casa cometió en la preparación de esa obra.

Si una cita consta de varios párrafos, el primero se comienza con un signo de apertura («), en tanto que los siguientes se comienzan con signos de cierre (»). Solo el último párrafo lleva un signo de cierre al final.

Estas llamadas «comillas de seguir» funcionan bien si son pocas. En cambio, donde abundan las citas largas y de múltiples párrafos, es preferible ponerlas —por lo menos las más extensas— como párrafos independientes, distinguidas en cualquiera de las siguientes formas: componiéndolas en un cuerpo ligeramente más reducido (p. ej.: texto de $\frac{11}{13}$ con citas de $\frac{9}{11}$), o bien, a bando, es decir, sangrándolas por ambos lados.

Las capitulares se asocian más con estilos tipográficos exóticos que con el del español, puesto que, en los libros que se editan en nuestro idioma —no así en las revistas y otros medios—, hay cierta tendencia a la austeridad en favor de la claridad. Otra de las razones por las que en español no se recurre mucho a ese artificio podría ser la mayor concurrencia de signos de puntuación al principio de los periodos. Por ejemplo, muchos párrafos comienzan con rayas (—), interrogaciones (¿), exclamaciones (!) y, desde luego, comillas («). Aun así, cada vez es más común ver capitulares en libros en español, debido, sobre todo, a que se imitan mucho las ediciones inglesas. En cualquier caso, la letra agrandada debe ir acompañada de cualquier signo que la preceda, agrandado también.